

LA FILOSOFÍA EN LA UNIVERSIDAD

por JORGE EDUARDO RIVERA CRUCHAGA

Profesor Titular,

Facultad de Filosofía,

Universidad de Valparaíso.

Dirección Postal: Lusitania 191, Miraflores, Viña del Mar, Chile.

RESUMEN

El autor examina, en primer término, el lugar que debe ocupar la Filosofía en la Universidad. Para esto señala los rasgos que conforman la "naturaleza" de la Filosofía y que le dan la singularidad que la distingue de las otras ciencias. Más adelante describe las funciones fundamentales que debiera tener un centro de estudios filosóficos dentro de la Universidad.

Hace más de veinticinco años publiqué en las Ediciones Universitarias de Valparaíso un pequeño libro que llevaba el mismo título de este artículo y que rápidamente se agotó. El presente escrito retoma varias de las ideas contenidas en aquel libro y las reactualiza, adecuándolas a la situación universitaria de hoy, tan diferente de la de aquel año 1970.

Trataremos el tema en dos apartados: en el primero de ellos nos preguntaremos por el *lugar* que ocupa la Filosofía en la Universidad; en el segundo intentaremos describir las *funciones* fundamentales que debe ejercer un centro de estudios filosóficos dentro de la Universidad, centro al que, para entendernos, llamaremos Instituto de Filosofía.

Para determinar el lugar que debe ocupar la Filosofía en una Universidad, el mencionado escrito empezaba por preguntarse qué es la Filosofía en sí misma. Porque ciertamente no es un saber más entre los múltiples saberes que conforman el orbe de las ciencias, sino que es un saber de índole muy particular.

Pues bien, sea cual fuere la idea que, en definitiva, uno se haga de la Filosofía, hay ciertas notas o rasgos generales que necesariamente forman parte de ella y sin los cuales un pensamiento no sería pensamiento filosófico. Interesa, pues, destacar estas notas, porque bien podría suceder que fuera precisamente este carácter peculiar de la Filosofía lo que le da un lugar también particular dentro de la Universidad.

1. En primer lugar, el pensar filosófico se caracteriza por la peculiar generalidad de su objeto propio. A diferencia del objeto de todos los demás saberes, el de la Filosofía no está circunscrito a un determinado dominio de la realidad, sino que los abarca todos. En principio no hay nada que esté excluido del campo de investigación de la Filosofía.

Esta "generalidad" del pensar filosófico no debe ser entendida como una especie de "vaguedad" o "vacuidad" que dejara fuera del dominio de la Filosofía todo lo que es determinado, como si la Filosofía centrara su atención tan sólo en ciertas estructuras generales del mundo, de la historia, del saber, de la vida, o de lo que sea, y no se interesara por las cosas mismas en su singularidad y concreción. No se trata de eso, sino de algo enteramente diferente. El blanco en el que fija su atención no es, de un modo exclusivo, tal o cual cosa, tal o cual estructura, sino, más bien, algo que tiene un carácter muy especial: su objeto propio o formal es aquello *uno* en que todas las cosas convienen, aquello que hace posible, justamente, que hablemos de "cosas" y de "todas". Se lo podría llamar "lo uno de todo", parafraseando una frase famosa de Heráclito. El objeto propio de la Filosofía es eso "uno de todo", ese punto de encuentro en el que todo lo que "hay" conforma precisamente un todo y no una diversidad de cosas sin relación las unas con las otras, o un conjunto de campos diferentes que se separarían sin tocarse.

Podrá discutirse qué es, en definitiva, eso *uno* de todo lo que hay. Podrá pensarse tal vez que lo uno es el ser o la realidad o el concepto o la palabra. Podrá negarse, incluso, que haya algo uno en que todas las cosas queden reunidas. Pero ni siquiera la propia negación dejará de

remitirse a eso uno que ella niega y, de esta manera, también ella seguirá siendo un pensar universal, un pensar filosófico. No vamos a entrar aquí en estas discusiones, pero sí nos interesa dejar consignado que cuando se discute cualquiera de esas cosas, esa discusión se mueve en el ámbito de la Filosofía, es decir, que esa discusión es esencialmente una discusión filosófica.

2. Un segundo rasgo del pensar filosófico, íntimamente relacionado con el anterior, pero que conviene destacar explícitamente, es el carácter eminentemente concreto que tiene el objeto de la Filosofía.

En efecto, el fundamento último de todas las cosas, de todo lo que “hay”, está presente en todas y en cada una de ellas, pero sin identificarse con ninguna. Es, precisamente por eso, algo *trascendente*. Su trascendencia no consiste en algo así como un “quedar fuera” de las cosas, allende los entes singulares mismos. El *uno* de todo lo que hay es trascendente a cada una de las cosas que hay, no en el sentido en que “trascendente” se opone a “inmanente”, sino en el sentido de que eso *uno* constituye el todo de cada cosa individual, pero sin “agotarse” en ella. Lo trascendente es siempre “más” que lo que es cada cosa o cada conjunto de cosas. Ese “ser más” o “ir más allá de toda determinación es justamente el trascender”.

Por eso, la trascendencia no se contrapone a la determinación específica o individual, sino que la abarca y la supera. No hay, por un lado, lo trascendente y, por otro, las cosas o los entes. Lo que hay es lo trascendente *de las cosas* o, lo que es igual, las cosas *en su trascendencia*.

Como entre los muchos entes o cosas que hay se encuentran también las ciencias, la técnica, el arte y la religión y como, por otra parte, a cada una de estas realidades le es propio un modo peculiar de acercarse a sus objetivos, la Filosofía no podrá desinteresarse de ellas, sino que se verá forzada por su índole misma a entrar en un diálogo con esos otros modos de patentización de la realidad. Ninguno de ellos le es indiferente, ninguno cae “fuera” de su objeto propio. El diálogo con las ciencias, la técnica, el arte y la religión es parte integrante de la Filosofía.

3. En íntima conexión con los dos rasgos señalados, encontramos un tercer rasgo característico de la Filosofía. Es que tiene siempre un carácter de ensayo, de tentativa o, si se quiere, de perpetuo esfuerzo, que es inherente a su índole más propia. Para comprender mejor este tan peculiar carácter del filósofo, es necesario advertir que la Filosofía

jamás se encuentra con su objeto como si éste fuera algo que *está*; sin más, *ahí*, y que por su carácter problemático pusiera en marcha la actividad del filosofar. La cosa es justamente al revés: todo el esfuerzo de la Filosofía consiste en lograr visualizar su objeto propio, en retenerlo, en precisarlo y, en definitiva, en establecerlo. Porque, sin lugar a dudas, eso último que constituye el fondo unitario de todo lo que hay no se nos ofrece de la misma manera como se nos dan y presentan en su realidad inmediata las cosas mismas que hay. Estas últimas son siempre accesibles de un modo directo. Se dejan asir, constatar y experimentar, al menos en sus efectos y manifestaciones palpables. En cambio, el “ser”, la “realidad”, o comoquiera que se llame o conciba eso uno y último de todo lo que hay, no es jamás experimentable de ese modo. Allí están, cada uno a su manera, los entes físicos y los matemáticos, los vivientes y los seres humanos; allí están, igualmente a su modo, los acontecimientos históricos del pasado y los fenómenos sociales o económicos. En cambio, “el ser”, “la realidad” o “lo uno”, no están en ninguna parte: no son cosas ni son entes con los que pudiéramos tropezar. Es menester llevar a cabo un violento cambio en el modo habitual de dirigirse a las cosas para que aquéllos sean siquiera aprehensibles. Esta “torsión” en el modo de acercarse a las cosas es lo que hace de algún modo accesible ese ámbito de ultimidad hacia el cual intenta volverse el pensar filosófico. En esta “conversión” vital consiste la Filosofía como ensayo o tentativa por comprender, desde su fundamento unitario, el todo de lo que hay.

Por eso, a diferencia de los saberes particulares, donde lo que propiamente interesa es el *resultado* a que ellos llegan, en tanto que el camino hacia ese resultado —la investigación misma en cuanto tal— sólo tiene sentido y valor en la medida en que efectivamente lleva a aquél, en la Filosofía el camino es un momento constitutivo y esencial y no una mera *conditio sine qua non* para un logro ulterior. De ahí que ella, más que un saber propiamente dicho, sea siempre un *intento*, un acontecer pensante en el que lo pensado es sometido una y otra vez a un nuevo pensar y puesto, de ese modo, renovadamente en cuestión. “Lo que importa —decía Hegel— no es el resultado, sino el progreso que conduce a él”. En su virtud, la Filosofía es siempre, tal como su nombre lo indica, *amor por la sabiduría*, búsqueda incesante de un saber al que jamás se llega en forma enteramente definitiva, anhelo y nostalgia de algo que llama a la vez que se rehúsa. No por accidente ni por azar es un “saber que se busca”, como decía Aristóteles, entiéndase: que se busca, sobre todo, a sí mismo.

En razón de esto, lo que podría parecer como la debilidad del pensar filosófico, a saber, el hecho históricamente palmario de que la Filosofía hace y rehace constantemente su camino, que el pensamiento recommienza siempre de nuevo y *a radice*, esta aparente debilidad, es expresión, justamente, de la *fuerza* del filosofar. Allí se manifiesta el carácter “trascendental” del filosofar, su necesidad de traspasar los límites de todo lo determinado y definido. La Filosofía es, en este sentido, el espejo —*speculum*— en el que se refleja “especulativamente” la existencia del hombre histórico: del hombre en camino, *in statu viae*.

4. Un cuarto rasgo de la Filosofía es lo que podemos llamar su “carácter ineludible”. En efecto, podría muy bien pensarse que todo lo que se ha dicho anteriormente acerca del filosofar es tan sólo una proyección fantástica de la mente, una ilusoria búsqueda de algo que carece en absoluto de realidad. Ese fundamento último y unitario de todo lo que hay, ¿no será tal vez una quimera producida por el espejismo de palabras abstractas a las que nada corresponde en el mundo real de las cosas? ¿No será una abstracción huera de la que no vale la pena preocuparse? Esa presunta trascendencia que nos llevaría más allá de las cosas singulares y concretas, ¿será algo más que el engendro de una vacía especulación del intelecto ocioso? Y ese intento, siempre renovado, de fijar un objeto que no puede ser hallado entre las cosas a la manera de algo tangible y concreto, ¿no demuestra su futilidad en el hecho mismo de su renovado y constante rehacerse?

Estas preguntas no son en absoluto una mera posibilidad fantaseada. Una y otra vez han sido formuladas como objeciones en contra de todo filosofar. Parecen estar avaladas por el hecho innegable, tantas veces constatado y lamentado por filósofos y científicos, de que la Filosofía aparentemente no logra ponerse de acuerdo consigo misma. Al revés de lo que ocurre con las ciencias, que progresan constantemente por su camino propio, la Filosofía parece condenada a hacer y rehacer siempre de nuevo su camino, según las célebres palabras con que Kant inicia el “Prefacio” a la segunda edición de la *Crítica de la razón pura*.

Pues bien, esta objeción contra todo pensar filosófico, objeción tan natural al sentido común, tan obvia y contundente, que debería por sí sola haber liquidado para siempre a la Filosofía, no ha logrado, sin embargo, hacerla enmudecer. La Filosofía sigue impertérrita su camino, a pesar de todas las invectivas acerca de su futilidad. ¿Será ello la obra de una tosudez inconsistente o de una manía morbosa, o se ocultará quizás detrás de este hecho una realidad más profunda, ni siquiera

rozada por estas aparentes objeciones de la razón? No es posible decidir *a priori* entre estas dos explicaciones. No nos queda más remedio que reflexionar, es decir, que... filosofar.

Si retenemos nuestra atención en las preguntas arriba anotadas, no tardaremos en advertir que en ellas acontece algo insólito e inesperado. Tales preguntas, que en esa u otra forma similar, suelen constituir una de las críticas con que se cree descalificar el pensar filosófico, son ya *en sí mismas* preguntas esencialmente filosóficas. Una respuesta a ellas sería, parejamente, una respuesta filosófica. Poco importa para ese efecto que la pregunta se haga en esos o parecidos términos; ni viene tampoco al caso que se plantee expresa o tácitamente. Lo mismo da que la respuesta sea una *verdadera respuesta* o una afirmación frívola e irresponsable. Sea como fuere, tanto la pregunta misma como su eventual respuesta no pueden menos de moverse —que se lo advierta y quiera o no— en el ámbito de aquello último que constituye el fondo unitario de todo lo que hay. Se pregunta, por ejemplo, si el fundamento último y unitario de todo lo que hay no será acaso una quimera resultante del empleo abusivo y puramente abstracto del lenguaje. Se pregunta, pues, *qué es en realidad* eso a lo que se apunta al hablar de un fundamento último y unitario de todo lo que hay. Esta pregunta es una pregunta esencialmente filosófica, que sólo puede ser resuelta por medio del filosofar. La respuesta haría cambiar, si se quiere, el rostro de una determinada Filosofía. Pero ello no hace sino reiterar, una vez más, el mismo hecho ya constatado y “lamentado” de que la Filosofía renace siempre de nuevo como una tentativa que ha de ser sostenida en vilo por el propio filosofar.

Notemos, por otra parte, que preguntarse si ese presunto fundamento unitario de todo lo que hay no es tal vez sino una “huera” abstracción de nuestra mente, es estar pensantemente vertido hacia una posible “plenitud”, frente a la cual —y sólo frente a la cual— lo “huero” sería justamente insustancial y vacío. Pues bien, esa plenitud sobre cuyo fondo aparece, si es que ha de tener algún sentido, la oquedad insustancial de la mera abstracción, es justamente el fondo último que constituye el fundamento, “no huero”, sino “pleno”, de lo que verdaderamente y en realidad “hay”. Una vez más, el tema de la Filosofía está latente y operante en la pregunta misma.

Pero hay todavía otra cosa: cuando en la pregunta se hace uso de conceptos y términos tales como el de “abstracción” o el de “valer o no valer la pena”, se echa mano inadvertidamente, en el primer caso, de un vocablo elaborado por la Filosofía, que tuvo su orto en el pensar de

Aristóteles y se fue luego cargando de nuevos sentidos en un largo proceso de elaboración filosófica que va desde la escolástica hasta Hegel y Marx y llega, por último, a convertirse en posesión común de “la gente” en el modo de un uso lingüístico en el que la palabra, desgastada ya y sin relieve, es empleada por el hombre de la calle sin que éste entienda lo que ella propia y formalmente quiere decir. Y entonces cabe preguntarse si la objeción que estamos examinando maneja este concepto y vocablo con una clara comprensión de su significado filosófico, o si, por el contrario, su sentido queda envuelto en la vaga nebulosa de lo que “se siente pero no se puede explicar”. Si se trata de lo primero, volvemos a internarnos en el ámbito de la Filosofía. Pero si el caso es lo segundo, la objeción no sabe siquiera plenamente lo que quiere decir. Toda ella se mueve en vaguedades y oscuridades de las que está ausente la responsabilidad intelectual, y no merece entonces nuestra atención. Es lo que sucede, por lo demás, ordinariamente, con toda crítica que se dirige contra la Filosofía: casi siempre opera con palabras cuyo significado se da por entendido, pero que no han sido pensadas desde el fundamento originario que les daría un real sentido y un verdadero rigor.

El otro concepto empleado en la pregunta, el concepto vital de “valer o no valer la pena”, supone, a su vez, que se sabe ya qué es lo que *en realidad* vale o no vale la pena. Ahora bien, ¿cómo lo sabemos? ¿O se trata tan sólo de una afirmación valorativa puramente dogmática? En este último caso, tampoco vale la pena refutarla. Pero, si se sabe qué es lo que vale la pena y qué es lo que no la vale, ¿cuál es el criterio de esta valoración? Se podría responder, por ejemplo: el criterio de valoración es el de los resultados prácticos. Pero entonces volvemos a preguntar: ¿qué es lo que se entiende por “práctico”? ¿Es tan claro que la Filosofía carece de todo valor “práctico”? ¿Es lo “práctico” el criterio último de valoración de una actividad humana? ¿Por qué habría de serlo? En medio de todas estas interrogantes hemos retornado, una vez más, sin quererlo ni advertirlo, a la esfera de lo filosófico.

Por dondequiera que se tome la cosa, se nos hace patente otro de los rasgos que constituyen el pensar filosófico: su carácter *inehidable*. Podrá uno, si lo quiere, descartar de su actividad concreta la tarea del explícito y temático filosofar; podrá, si así lo cree oportuno, volverse contra él o, como ocurre de ordinario, darle la espalda desdeñosamente. Todo ello es posible. Pero, en cada una de estas actitudes, y cada vez de una manera distinta, se está vuelto, expresa o calladamente, hacia el ámbito de la Filosofía. Una vez abierto ese ámbito históricamente por el primer pensador que se preguntó por el fondo unitario de todo lo que hay —la

—*physis* de los griegos— él se ha tornado *destino* de la humanidad, un destino que ya no es posible eludir.

5. Todavía podemos mencionar un quinto rasgo constitutivo del filosofar. Consiste este rasgo en que toda Filosofía en alguna forma envuelve dentro de su tema al propio filósofo. La Filosofía —nos dicen Platón y Aristóteles— nace del asombro. No de un asombro cualquiera, sino de un asombro radical. En él, el hombre se extraña de las cosas, entendiendo por ellas el “todo” de lo que hay. Que el hombre se extrañe, quiere decir, en este contexto, que *se hace extraño a todo* y, a su vez, que todo se le vuelve extraño a él. Lo que hasta ese momento parecía obvio y familiar, se convierte en problema y en aporía. Es como si de pronto se nos diesen otros ojos para ver el mundo y la vida —la totalidad de lo que existe y, dentro de ella, a nosotros mismos— como incomprensibles, arduos y problemáticos. Es lo que Platón describe tan plásticamente en el célebre Mito de la Caverna: al volverse hacia atrás, el prisionero liberado descubre, por primera vez, una dimensión de su vida que hasta ese momento le había estado oculta. A este descubrimiento los griegos lo llaman *alétheia*, la verdad. Junto con ver todas las cosas con ojos nuevos, el recién liberado experimenta en sí mismo la desazón de lo desconocido, una especie de extrañeza total, acompañada por la dificultad para ver lo que ahora se le muestra en su originariedad. Platón lo describe como un despistamiento y como un dolor en los ojos.

La Filosofía arrastra de este modo en su movimiento al propio filósofo: lo obliga a cambiar de actitud, a adaptarse a la nueva realidad. De ahí proviene su carácter formativo: *paideia*, lo llamó Platón, que puede traducirse por “formación” o “cultura”. El hombre que de verdad entra en el filosofar ya no puede ser nunca más el mismo que era. Se ve forzado a asumir por su cuenta y riesgo las decisiones fundamentales de la existencia. Deja de ser juguete pasivo de las opiniones públicas y se ve enfrentado por vez primera a su propio destino y al destino del mundo.

No es ya posible huir de esa nueva responsabilidad. En este sentido, la Filosofía es inexorable. Sólo podría huirse de ella dejando de filosofar; pero esto es, justamente, lo que el verdadero filósofo no puede hacer. Sería para él como dejar de respirar, como dejar de ser. La Filosofía, cuando es verdaderamente tal y no simple acopio erudito de conocimientos, fuerza al hombre a *ser libre*. “El hombre que ha gustado los frutos de la Filosofía —decía Husserl—, que ha aprendido a conocer los sistemas y, en consecuencia, de modo infalible los ha admirado como

los bienes más altos de la cultura, no puede ya renunciar a la Filosofía y al filosofar”.

A partir de los rasgos que acabamos de describir y que conforman algo así como la “naturaleza” de la Filosofía, resulta ahora posible determinar el “lugar” que a ella le corresponde dentro de la Universidad. Ese lugar depende, en efecto, de la índole del saber filosófico. Ahora bien, esta índole del saber filosófico es enteramente *sui generis*. Es lo que pretendían demostrar las reflexiones anteriores. La Filosofía no es un saber más entre los múltiples saberes que se cultivan en la Universidad: es un saber egregio y eminente, que se destaca entre todos por su objeto propio, por el modo como se lo enfrenta y por las consecuencias que su averiguación tiene para el que lo investiga.

1. Del carácter ineludible del filosofar (4º rasgo) se desprende la necesidad de que la Filosofía esté presente en la Universidad. Una Universidad sin Filosofía —entiéndase: sin un lugar en que la Filosofía se cultive expresamente— sería, en realidad, una universidad con una pseudofilosofía, es decir, con una Filosofía irresponsable, dogmática o —peor aun, si cabe— con una Filosofía de puro “sentido común”, esto es, con una Filosofía sin asombro, sin problemas o, lo que es igual, sin auténtica y real vida.

Si la Filosofía es históricamente ineludible, ello quiere decir que a la base de todos los saberes que se cultivan en la Universidad hay algo hondamente problemático, que no queda en definitiva resuelto por esos saberes. Y esto, a su vez, implica que a esos saberes les falta su última fundamentación teórica, que son —desde un punto de vista teórico— saberes sólo a medias. Lo cual no impide, por supuesto, que dentro de su línea propia puedan desarrollarse y dar frutos espléndidos para ciertos aspectos de la vida tanto teórica como práctica.

Si la Universidad es el lugar donde se investiga y enseña la verdad de las ciencias, no podrá haber Universidad en el sentido auténtico de la palabra allí donde la Filosofía no es *el centro que anima todo lo demás*. La Universidad no es universidad por el hecho de que en ella se otorguen “licenciaturas”. Ello podría ser un mero trámite formal sin consecuencias para la Universidad en cuanto tal. La Universidad es Universidad si está animada desde dentro por una real vida científica y filosófica. Donde la Filosofía está ausente, a la Universidad le falta el alma, por muy organizadas que puedan estar sus distintas facultades.

2. Porque, en efecto, una Universidad es y debe ser, justamente, eso:

UNI-VERSIDAD, y no meramente un conjunto de diferentes facultades donde se cultivan las ciencias en su cada vez mayor especificación y diversificación, es decir, una real DI-VERSIDAD de conocimientos inconexos entre sí. Donde no hay unidad en el saber, no hay propiamente Universidad. En el año 1929 decía Heidegger en su célebre Lección Inaugural en la Universidad de Friburgo: "Los dominios de las ciencias están muy distantes entre sí. El modo de tratar sus objetivos es radicalmente diverso. Esta dispersa multiplicidad de disciplinas se mantiene todavía unida gracias tan sólo a la organización técnica de las universidades y facultades, y conserva una significación por la finalidad práctica de las especialidades, en cambio, el enraizamiento de las ciencias en su fundamento esencial se ha perdido por completo"¹.

El problema de la diversidad de los saberes sólo puede ser abordado desde el interior del saber mismo. Es decir, sólo puede ser abordado por un saber que, en virtud de la universalidad de su objeto, abarque la realidad de su totalidad. Ahora bien, la Filosofía es la única disciplina que por su "naturaleza" misma (1^{er} y 2^o rasgo) está llamada a cumplir esta misión. Sólo ella puede *reunir* y *unificar* a las demás disciplinas. Tan sólo en ella encuentran las ciencias su suelo nutricio y su radical unidad. Es verdad que para su cultivo y desarrollo las ciencias no necesitan fundarse explícitamente en la Filosofía. Pero, en cambio, lo necesitan los hombres de ciencia si han de comprender la última y radical fundamentación de sus ciencias en la realidad. Lo necesitan en cuanto cultores de unos determinados saberes. Y lo necesitan también desde el punto de vista de la Universidad. Porque si esa raíz unitaria de las ciencias no es investigada, a la Universidad le faltará su última fundamentación.

Debemos concluir, por consiguiente, que la Filosofía es lo verdaderamente *uno* de la UNI-VERSIDAD. Y esto significa, una vez más, que ella es *el alma vivificante* de la institución universitaria.

3. Por ello, la Filosofía es una instancia eminente de diálogo dentro de la Universidad. Por su carácter trascendente (2^o rasgo), ella es capaz de enfrentarse con las ciencias, el arte, la tecnología y la religión. Al entablar un diálogo con estas distintas maneras de abordar la realidad, la Filosofía contribuye a la integración de los saberes, es decir, a hacer de ellos una unidad viva y no un mero conglomerado ocasional reunido por razones puramente organizativas.

¹ *Was ist Metaphysik?*, GA, tomo 9. Traducción de X. Zubiri.

4. Por su carácter formativo (5º rasgo), la Filosofía viene a llenar en forma particular un vacío que hoy se experimenta en todas las universidades, vale decir, la necesidad de abrir la mente y el espíritu de los futuros profesionales a las dimensiones más hondas y decisivas de la existencia humana, creando una verdadera “cultura” y contribuyendo de esta manera a la formación más plena de los estudiantes.

5. Por su carácter de ensayo o tentativa siempre renovada (3er rasgo), la Filosofía hace presente en la Universidad en forma egregia lo que debe ser llamado con propiedad el *studium*. El estudio, así entendido, es precisamente lo contrario de la mera instrucción o —en forma extrema— de la pura erudición. Estudio es inquietud, pasión, esfuerzo. Es no quedarse en lo ya conseguido. Es afán de superación. Vale decir, estudio es el nombre propio —más aún que el de “investigación”— para la auténtica vida intelectual. El estudio puede tomar la forma de una investigación científica, de la búsqueda metódicamente orientada de una verdad desconocida, o puede ser —por ejemplo en la esfera del arte— el esfuerzo siempre renovado por dominar una técnica artística o la integridad del propio oficio. Puede también consistir pura y simplemente en la asimilación de lo ya pensado o hecho por otros. En cualquiera de sus formas, el estudio es el alma de toda vida universitaria. Y en este sentido la Filosofía, con su constante y esencial hacerse y rehacerse a sí misma, es modelo y ejemplo de lo que ha de ser la institución universitaria.

Con esto hemos dado respuesta a la cuestión que motivaba este primer apartado: ¿cuál es el lugar que debe ocupar la Filosofía en una universidad en general? Esta pregunta puede ser contestada ahora en forma taxativa: la Filosofía, no por un afán de autoengrandecimiento de sus culturas, sino por su “naturaleza” misma, no puede ocupar otro lugar en la Universidad que *el centro*. La filosofía es *el alma y el fundamento* de toda universidad.

II

FUNCIONES DE UN INSTITUTO DE FILOSOFÍA

Se entendería mal lo dicho en el apartado anterior si se pretendiera que la Filosofía debe imponerse en alguna forma como una asignatura obligatoria para todos los estudiantes de la Universidad. El carácter central de esta disciplina no puede traducirse en ningún tipo de

monopolio de un Instituto de Filosofía sobre las demás unidades académicas, ni en ninguna especie de obligación odiosa para los estudiantes. Todo lo contrario: la Filosofía debe ser una *posibilidad* eminentemente libre, un puro ofrecimiento abierto para todos los que se interesan por ella. El papel fundamental de un Instituto de Filosofía consiste en hacer presente la Filosofía en la Universidad en las formas que luego expondremos.

Por otra parte, la existencia de un Instituto de Filosofía tampoco puede depender de factores puramente económicos o de mercado. Todo lo que forma parte esencial de la Universidad está por encima de estas vicisitudes puramente contingentes, so pena de hacer de la Universidad una realidad esencialmente inestable, al vaivén de las circunstancias siempre cambiantes de la sociedad. Si la Universidad tiene un carácter educacional, es ella quien está llamada a conformar, de algún modo y dentro de ciertos límites, a la sociedad, y no puede depender de los caprichos y veleidades de lo que en algún momento le parezca interesante o importante a un determinado estamento de esa misma sociedad. De pareja manera, tampoco las necesarias instancias de la dirección superior de una universidad están sometidas a las vicisitudes del mercado.

Las razones hechas presentes en el apartado anterior para demostrar el carácter central y animador de la Filosofía debieran ser suficientes para dejar en claro lo que estamos afirmando. Si la Filosofía es uno de los pilares de toda Universidad, no es posible hacer depender su presencia en la universidad de factores contingentes como son las demandas del mercado. Lo que es esencial en la Universidad queda eximido, por este solo hecho, de semejantes contingentes.

A continuación desarrollaremos —dentro de estos dos entendidos fundamentales— el tema de las funciones que un Instituto de Filosofía debería desempeñar dentro de la Universidad.

1. *El cultivo puro y desinteresado de la Filosofía*

Esto quiere decir —aunque ello pudiera parecer excesivo— que la *función primordial* de un Instituto de Filosofía es dedicarse al estudio y la investigación. Para que esta afirmación pueda entenderse, es necesario hacer una reflexión general acerca de la diferente importancia que tienen en las distintas unidades académicas las funciones de docencia, investigación y extensión o cooperación técnica.

No cabe duda de que, en general, la función docente es céntrica en cualquier unidad académica. En efecto, la Universidad es una institución

de enseñanza, y debe, por eso, en una u otra forma, ejercer siempre la docencia. La Universidad de hoy tiene la función inadmisible de formar a los futuros profesionales que la sociedad requiere para su correcto funcionamiento y desarrollo. Esta función es el núcleo central de la institución universitaria. Pero esto no significa, en modo alguno, que sea la más importante en la Universidad. Lo indispensable no es necesariamente lo de mayor jerarquía. Sin formación de los futuros profesionales no hay universidad. Pero sólo con ella, lo que hay no es universidad. La Universidad, para ser efectivamente universidad y para estar viva requiere esencialmente el estudio y la investigación.

Por otra parte, el carácter privilegiado de la institución de enseñanza superior la impulsa a poner de algún modo al alcance de la sociedad entera lo que ella sabe de una manera eminente: es el origen de la función de extensión que, si no es parte esencial y constitutiva de la Universidad, es, al menos, un elemento que fluye de su naturaleza propia (*pars integralis*).

Ahora bien, reconociendo el carácter básico que para todas las facultades tiene la función docente, es necesario advertir en ellas la distinta ponderación de las tres funciones fundamentales. En algunas unidades académicas la investigación es de tal manera central que sin ella esas unidades académicas no podrían gozar de la vitalidad necesaria para ejercer la función docente en forma adecuada. Es el caso de todos los institutos en que se cultivan las ciencias básicas o los saberes puros.

Pero, por otra parte, no cabe tampoco duda de que, en general, el *estudio* es necesario y vital en cualquier unidad académica, por muy puramente prácticos que sean sus objetivos. Sin estudio, la docencia se convierte en letra muerta, en pura repetición estereotipada de lecciones sin vida. La docencia universitaria se caracteriza por un cierto grado de originalidad y creatividad, y estas cualidades dependen, en buena parte, del estudio constante y renovado de las disciplinas que se imparten.

La investigación, como forma particular del estudio, es la aplicación cuidadosa de los métodos necesarios para la averiguación de nuevos aspectos de la realidad. La investigación es el motor de la ciencia y la condición *sine qua non* para su desarrollo.

Por otra parte, hay unidades académicas en las que lo que llamamos "extensión" o "cooperación técnica", es algo sustancial a su propio quehacer. Es el caso, por ejemplo, de una Escuela de Música o de un Instituto de Arte. Un concierto o una exposición no son meras actividades de "extensión" en estas unidades académicas, sino que son su forma

propia de vivir. Otro tanto habría que decir, *mutatis mutandis*, de la cooperación técnica en las facultades de Ingeniería.

Ahora bien, supuestas estas ideas, no cabe duda de que el estudio y la investigación ocupan un lugar muy especial en un Instituto de Filosofía. Éste no tendría nada que decir si no estuviera en constante estudio, reflexión e investigación. La Filosofía, más que ninguna otra disciplina, vive del cuestionamiento. Como ya se dijo al hablar de sus rasgos constitutivos, el objeto propio de la Filosofía no está dado al comienzo de su actividad, sino que se conquista precisamente a través de ésta. Una filosofía que no viviera en permanente cuestionamiento no tendría nada que pensar ni, por consiguiente, nada que decir. Sería una filosofía muerta, una pura ideología sin alma, sería la sombra de un cadáver.

Por eso, en un Instituto de Filosofía el estudio y la investigación son lo central y la base para todo lo demás. La docencia filosófica, si ha de consistir —como decía Kant— más en enseñar a filosofar que en enseñar Filosofía, o mejor, si ha de consistir en enseñar Filosofía enseñando a filosofar, brotará necesariamente de la vida filosófica del que enseña, es decir, de su estudio e investigación.

Por una particular paradoja, que es propia de la Filosofía, en un Instituto de Filosofía la investigación y el estudio tienen prioridad esencial incluso por encima de la docencia. Ellos son lo *nuclear*, más que la enseñanza; y ésta no podrá ser jamás otra cosa que la expresión y la consecuencia de aquéllos.

Por supuesto que un Instituto de Filosofía donde no hubiera ninguna docencia no tendría por qué estar en la Universidad. Pero la docencia propia de un Instituto de Filosofía puede ejercerse en las más diversas formas, una de las cuales bien podría ser la publicación de obras filosóficas o lo que de otro modo suele considerarse como extensión: la conferencia o el ensayo.

Decir que la primera función de un Instituto de Filosofía es el puro y desinteresado cultivo de la Filosofía no significa otra cosa que afirmar el carácter prioritario del estudio y la investigación por encima de las otras funciones propias del Instituto, que en seguida se desarrollarán.

2. Hacer presente la Filosofía en la Universidad.

Ciertamente ya el hecho de que en un Instituto de Filosofía se cultive esta disciplina por medio del estudio y la investigación, significa una presencia de la Filosofía en la Universidad. Pero ahora nos referimos a otra cosa: a que la Filosofía esté presente *para* la Universidad, es decir,

a que en alguna forma esa filosofía que se cultiva en el Instituto de Filosofía irradie hacia el resto de la Universidad.

Esto puede realizarse de muy diversas maneras. Si aquí enumeramos algunas de ellas, no lo hacemos para reducirlas solamente a los ejemplos tipificados. La creatividad de un Instituto de Filosofía podrá inventar nuevas formas de irradiación y, por consiguiente, de presencia en la Universidad.

a) Ofrecimiento de cursos más o menos prolongados (de dos o tres semestres, o incluso más) para alumnos, profesores y otras personas de la Universidad.

La finalidad de estos cursos no podrá ser otra que posibilitar el estudio *serio y profundo* de algunos temas filosóficos particulares para todos los miembros de la Universidad que puedan tener interés en ellos.

Una posible variante de este punto sería el convenio con algunas unidades académicas para ofrecer cursos de Filosofía relacionados con las disciplinas cultivadas en ellas. No nos estamos refiriendo aquí tan sólo a cursos de tipo de “prestación de servicio”, que algunas unidades académicas han incorporado a su *currículum*, sino a cursos libres, enteramente voluntarios, para quienes se interesen por el estudio filosófico de temas conexos con los de la propia especialidad.

La modalidad que entonces sería necesario introducir es la de que nadie estaría obligado a nada: el curso puede durar dos, tres, cuatro o —a lo mejor— diez semestres. Cada cual asistiría a él según su interés y posibilidades. No hay que temer la deserción. Ella puede ser parte esencial de la libertad. Los cursos deberían tener gran movilidad en cuanto a sus participantes. Por supuesto que el que lo quiera puede seguir un curso desde el comienzo hasta el final.

b) Ofrecimiento de seminarios de lectura, análisis e interpretación de obras filosóficas importantes, abiertos a profesores y alumnos de las distintas unidades académicas.

La idea que subyace a esta proposición es que la lectura de las grandes obras de la Filosofía es la mejor manera de estudiar filosofía. Quien haya leído, por ejemplo, con detención la *Metafísica* de Aristóteles o la *Crítica de la razón pura* de Kant, tiene no sólo un conocimiento cabal de estas obras, sino que también se habrá enfrentado con la totalidad de la historia de la Filosofía y con gran cantidad de temas filosóficos de distinta índole.

El estudio de estas obras no puede ser realizado en un tiempo breve. En algunos casos serán necesarios varios años de sesiones semanales de

tres horas. Pero en filosofía no hay temas cerrados. Una persona que no haya completado la lectura de una obra, recibirá de todos modos una excelente formación filosófica si ha leído con cuidado, y en diálogo con los demás, una parte importante de la misma.

El estudio de la Filosofía es eminentemente abierto. Jamás se acaba con “la materia”. Estudiar filosofía es echarse a andar, y una vez que esto ha sucedido en forma real y verdadera, ese movimiento no termina más. Aquí —en la Filosofía— se aplica en grado supremo la máxima de “enseñar a aprender”.

Ofrecimiento significa algo completamente abierto, libre, para quien lo quiera, sin exigencias previas ni prerrequisitos (¡en Filosofía no hay prerrequisitos!, en ella se puede entrar por cualquier parte). Pero, a la vez, se trata del ofrecimiento de algo muy riguroso, hecho a fondo. El rigor y las exigencias no son de cosas externas, sino que son intrínsecos a la materia misma tratada.

Estos seminarios podrían carecer de cualquier tipo de créditos o de intereses que no sean el estrictamente filosófico. Sucederá normalmente que algunas personas empezarán a participar en un seminario y luego se darán cuenta de que ese estudio no es para ellas. En otros casos, llegarán personas nuevas a medida que el seminario se desarrolla. Todo es posible. Lo único que no debería admitirse es que se hagan las cosas en forma superficial o por motivos no filosóficos.

Pienso que estos seminarios podrían, en algún caso, hacer las veces de los Estudios Generales que se exigen en ciertas universidades. Para ello se requeriría que se prolongaran por cierto número de semestres.

c) Participación en actividades interdisciplinarias con otra u otras unidades académicas.

En cualquier estudio interdisciplinario la Filosofía puede ser uno de los posibles interlocutores. Pero, además, un Instituto de Filosofía puede considerar como parte de esa función suya que consiste en hacer presente la Filosofía en la Universidad, organizar estudios interdisciplinarios con otras unidades académicas. Especialmente importante parece esa misión cuando los temas tratados son temas candentes en la sociedad, sobre los cuales es necesaria la luz de una reflexión prolongada y cuidadosa. Como ejemplos de esos temas puede pensarse en los de la familia, de la sociedad pluralista, de la bioética o de la ecología, etc.

Aquí no sólo se estará haciendo presente la Filosofía en la Universidad, sino que también se ejercerá la extensión universitaria, que debe

ser fundamentalmente una irradiación hacia la sociedad del saber cultivado en la Universidad.

A estas funciones esenciales de todo Instituto de Filosofía pueden añadirse —según sea el caso en las distintas universidades— las del ofrecimiento de grados y postgrados en Filosofía y la de la preparación de profesores de Filosofía para la enseñanza media. Estas últimas funciones están, a mi modo de ver, supeditadas a las dos mencionadas en primero y segundo lugar, las cuales constituyen —pienso— las funciones más fundamentales e inamisibles de un Instituto de Filosofía.

No quisiera terminar estas líneas sin presentar, en forma imaginativa, una imagen de lo que podría ser la presencia de la Filosofía en una universidad.

Imagínese un Instituto de Filosofía con doce o quince profesores de jornada completa. Como sus remuneraciones son suficientes, ellos se dedican en forma exclusiva a su propia universidad. No hacen muchas cosas, pero lo que hacen lo hacen bien. *Non multa, sed multum*. Su tarea fundamental es el estudio de la Filosofía. En ello emplean la mayor parte del día. A veces se reúnen varios de ellos para leer y meditar en común, página a página y línea a línea, alguna de las obras cumbres de la Filosofía de todos los tiempos. Así leímos un grupo de profesores de la universidad donde trabajo, durante ocho años, en sesiones semanales de tres y cuatro horas, la *Crítica de la razón pura* de Kant. Fue una de las experiencias más hondas de mi vida filosófica.

Cada profesor de este Instituto de Filosofía que ahora estoy imaginando tiene dos o tres cursos o seminarios, a los que asisten estudiantes de distintas facultades. También esto lo conozco por experiencia: durante dos años me reuní en mi propia casa, semanalmente, con estudiantes de diferentes escuelas e institutos de mi Universidad. Nos juntábamos los viernes por la noche. Leíamos a Zubiri. Había arquitectos, estudiantes de derecho, de filosofía, algún artista y dos colegialas de los últimos cursos. Todavía hoy, cuando me encuentro con algunos de ellos, me preguntan: “¿Y cuándo continuamos con lo de Zubiri?”.

Yo imagino una universidad donde se hicieran doce o quince seminarios abiertos a cualquier estudiante o profesor, donde se leyeran las obras más importantes de la Filosofía. Imagino el hervidero de vida intelectual que serían estos “seminarios”, verdaderos “semilleros” de inquietud humana y filosófica.

Imagino en esa misma universidad cursos destinados a personas de las más diversas disciplinas, en los que cada cual aportaría al tema filosófico tratado la luz de su propio saber. Esos cursos se anunciarían

públicamente al comienzo de cada semestre, y quiero imaginar que serían muy visitados.

Aparentemente no sucedería nada demasiado importante. Así fue siempre la Filosofía. ¿Quién hubiera imaginado en los tiempos de Nietzsche la tremenda repercusión que tendría su pensamiento en el siglo xx? Así vive la Filosofía y así opera: en las catacumbas, pero con una energía explosiva que a la larga transforma el mundo mucho más hondamente que las revoluciones políticas y que las guerras.

"La Filosofía en la Universidad", se titulaba este ensayo. En realidad, lo que se me quiere imponer una y otra vez a la imaginación es *la Universidad en la Filosofía*: la Universidad cogida por dentro por la Filosofía; la Universidad viviendo imperceptible pero hondamente en la verdadera y auténtica Filosofía.